

LO QUE SE DICE, LO QUE SE CALLA Y CÓMO SE LO NOMBRA

# LOS MEDIOS EMPRESARIALES DE COMUNICACIÓN Y LA VIOLENCIA INSTITUCIONAL

¿CUÁNDO Y CÓMO SE NOMBRA LA VIOLENCIA INSTITUCIONAL EN LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN? ¿CÓMO SE VAN CONSTRUYENDO LOS RELATOS PARA QUE ALGUNAS VECES SE LA CONSIDERE COMO VIOLATORIA DE LOS DERECHOS HUMANOS, EN MUCHOS CASOS SE LA INVISIBLE O NO SE LA RECONOZCA COMO TAL, Y EN OTROS SE LA LEGITIME?

COLLAGE: MARIELA PUGLIESE



La violencia institucional no la ejerce solo el Estado. Los medios de comunicación empresariales y hegemónicos también lo hacen. La mayor parte de las veces justificando o legitimándola y en otros casos incitando a que se propaguen discursos de odio y de apelación a la violencia de las instituciones contra los pueblos. Hay otro amplio espectro de medios –comunitarios, cooperativos, universitarios– con una perspectiva muy diferente en cuanto al tratamiento mediático de la violencia institucional. Medios que tienen en agenda esta problemática y que comunican desde la mirada de derechos humanos. Eso está vinculado a quienes los llevan adelante, pero también a que sus fuentes suelen ser las organizaciones que trabajan en el área y la misma comunidad que sufre esos abusos.

Los medios de comunicación empresariales, sin embargo, construyen pensamiento hegemónico e inciden con fuerza en la opinión pública. Y en las decisiones políticas. Estos discursos muchas veces son replicados por las redes sociales (que

hoy tienen una capacidad de incidencia relevante e imposible de soslayar) y otras veces surgen de esas mismas redes y son amplificadas por los medios de comunicación. Considerar hoy los medios como único espacio de comunicación es quedarnos con una parte del mapa y perder el camino, pero no por eso dejan de ser relevantes.

Para poder pensar la relación entre violencia institucional y los medios de comunicación hegemónicos hay que tener en cuenta que estos medios son parte de empresas que tienen intereses en diferentes sectores de la economía –muchas veces con anclaje multinacional– y con intereses políticos concretos, agencias de inteligencia incluidas. Los discursos y los ejercicios retóricos utilizados no son producto del “periodismo independiente”, de la “búsqueda de la verdad” o de la inocencia investigativa. Los medios empresariales son actores políticos que también dan una pelea por la hegemonía cultural y que buscan incidir en la realidad política de sus países y en las conductas de los sujetos.

Sin esa perspectiva, este trabajo sería un mero ejercicio de análisis discursivo, y lo que se busca es entender esos discursos como parte de una construcción de sentido que tiene intereses políticos detrás y logra tener incidencia acerca de cómo se percibe, se reclama y se legitima (o invisibiliza) la violencia institucional.

### **La inseguridad como legitimadora de la violencia institucional**

Los medios hablan de abusos policiales y de violencia penitenciaria, incluso a veces la denominan “violencia institucional” y le dedican algunas líneas. Pero pegadita a estas noticias escuetas y desangeladas, aparece la prima donna del imaginario urbano: la “inseguridad”. Y se roba todas las miradas. Desde las mismas secciones de policiales en que se habla de un pibe asesinado por la policía, se va instalando el concepto de inseguridad con coberturas informativas que toman una situación particular y la repiten en loop en las pantallas o en las tapas de los diarios. La noticia esporádica sobre la violencia institucional (algún



**Para poder pensar la relación entre violencia institucional y los medios de comunicación hegemónicos hay que tener en cuenta que estos medios son parte de empresas que tienen intereses en diferentes sectores de la economía –muchas veces con anclaje multinacional– y con intereses políticos concretos, agencias de inteligencia incluidas**

caso de “gatillo fácil”, alguna situación de represión policial) aparece en paralelo con esta insistencia acerca de la “inseguridad” ciudadana y del sentido común que

la reclama como sinónimo de “protección” y “orden”. Brenda Focás<sup>1</sup> señala que los delitos que la opinión pública considera como “inseguridad” son los “percibidos como amenazas sobre los bienes y sobre las personas cuya característica común es la aleatoriedad, es decir, la percepción de que pueden abatirse sobre cualquiera”. Creo que esta perspectiva es apropiada para entender la manera en que se percibe este tipo de noticias y por qué están ligadas a una legitimación de la violencia institucional. En la medida en que la imagen de caos crece y que cualquier cosa nos puede pasar sin que podamos evitarlo, se buscan culpables y se pide castigo. Los culpables, además, ya tienen un estereotipo construido en los medios: son jóvenes, varones y pobres. Un estereotipo tranquilizador para muchos sectores.

**(Los culpables ya tienen un estereotipo construido en los medios: son jóvenes, varones y pobres. Un estereotipo tranquilizador para muchos sectores. Son el “Otro”).**

Son el “Otro”. Es interesante confrontar la construcción de estas figuras atemorizantes con la cobertura paralela de casos de “gatillo fácil”, en los que las víctimas de ese tipo de violencia policial son precisamente, en su mayoría, esos varones jóvenes de sectores populares.<sup>2</sup> La manera en que los medios tratan (o ignoran) estas noticias, el seguimiento y visibilidad de los casos y la importancia que se les da contrastan enormemente con las “noticias de inseguridad”, en las cuales las víctimas suelen ser descriptas de una manera más personal, más íntima y, sobre todo apelando a imágenes que llevan a los públicos a empatizar rápidamente con ellas y a buscar a los culpables. La violencia institucional denunciada en las noticias de abusos policiales queda así desdibujada ante la sensación de vulnerabilidad y peligro constante que flota después de ver innumerables veces cómo esos jóvenes (tan parecidos a los que el policía asesinó...) robaron por séptima vez el kiosco del señor madrugador al que el Estado no protege. La violencia policial aparece muchas veces justificada por

la necesidad de esta protección ciudadana que habla a gritos desde todos los medios. Lo que se termina instalando no es el problema de la violencia institucional (“total, si hacés las cosas bien, a vos no te va a tocar”), sino el sentimiento de inseguridad y sus latiguillos: “le toca a cualquiera”, “no podés vivir tranquilo”, “no podés salir a la calle”. Discursos que se viralizan entre redes sociales y medios de comunicación, creando (sobre todo en los conglomerados urbanos) una sensación de caos y desprotección que termina empujando la violencia convirtiéndola en “incidentes” necesarios, en errores o en excesos policiales.

Más allá de estas coberturas, hay situaciones en las que la sociedad empuja para que los medios no saquen los temas de violencia institucional de la agenda, como en el caso de Santiago Maldonado y actualmente Facundo Astudillo Castro, por ejemplo. Hay un elemento en común, sin embargo, que es crucial para la historia argentina y que marca una diferencia en el tratamiento de estos dos casos en particular: la desaparición (seguida de muerte). En ambos y con el impul-

so de las familias y de las organizaciones de derechos humanos detrás, podríamos decir que hubo coberturas más extensas que permanecieron en el tiempo, aunque no despegadas de posturas editoriales que justifican la violencia policial, o la desconocen (con Santiago Maldonado, por ejemplo, se sostiene hasta hoy que fue un accidente y se exculpó a Gendarmería). Estos casos demuestran que estar en la agenda de los medios y hacerlo visible no es suficiente para generar un cambio de sentido.

Por otra parte, el circo de los debates ayuda a la tergiversación. Bajo la apariencia de presentar voces diferentes y posturas contrapuestas, se van construyendo climas que, lejos de ayudar a pensar, terminan generando desesperanza e impotencia. Desde la antipolítica resultante se desdibuja la condena a la violencia institucional, que se pierde en culpas varias tan parecidas a la teoría de los dos demonios.

### **Desde lejos, no se ve**

En el tratamiento de la violencia institucional hay otro elemento que me parece

importante destacar: la visibilidad y continuidad de la noticia está vinculada generalmente tanto a cuestiones clasistas como geográficas. Un wichi asesinado en Chaco por un terrateniente que pretende sus tierras merece, en el mejor de los casos, apenas unas líneas marginales, mientras que el policía muerto en Palermo define titulares. A su vez, el asesinato de Rafael Nahuel, mapuche, sin voz audible que lo represente, no generó la misma identificación y sostenimiento de la noticia que el de Santiago Maldonado, un pibe de clase media, progresista, artesano, “como podrías ser vos”. Ni siquiera se le dio el mismo lugar en los medios no hegemónicos, más allá de que, por supuesto, tomaron la noticia. Ambos fueron hechos contemporáneos de violencia institucional y por cuestiones relacionadas. Cuando asesinaron a Matías Bragagnolo, hace unos años, un conductor del programa Perros de la Calle (Metro/FM 95.1), con empatía hacia el joven y condenando la violencia policial ejercida, dijo: “Estamos hablando de un pibe como vos y

como yo... no de un marginal”. Señalaba así, probablemente sin pensarlo pero con absoluta claridad, quiénes integran los sectores sociales que conducen los medios más escuchados y quiénes son sus audiencias. Claramente, no son los y las jóvenes de los barrios que conviven con los abusos policiales. Los ejemplos son muy numerosos, pero basta señalar que la violencia institucional, en estos casos, sigue siendo noticia y se visibiliza según dónde esté situada y a quién afecte.

### **El juego de los espejos invertidos. Amenazas inventadas y represiones invisibilizadas**

“Que la pandemia no sea un pretexto para el autoritarismo” (*Clarín*, abril 2020) / “Ante el desafío sobrehumano que propone el coronavirus empezaron los amagues totalitarios y populistas” (Laura Di Marco, abril 2020) / “¿Vamos hacia una Argentina más aislada y autoritaria?” (TN, abril 2020) / “La Argentina vive una ‘infectadura’” (*La Nación*, mayo 2020) / “‘La democracia está en peligro’, la carta abierta de intelectuales y

científicos que alerta sobre el ‘eficaz relato de la infectadura’” (*Clarín*, mayo 2020) / “¿Hay lugar para un giro al autoritarismo y la radicalización?” (TN, mayo 2020) / “La pandemia es el traje a medida de todo gobierno autoritario” (*La Nación*, junio 2020). Desde abril de este año, la denominación “autoritario” aplicada al gobierno de Alberto Fernández empezó a aparecer en titulares, en medios audiovisuales y, por supuesto, en redes sociales. ¿A qué vinculan este adjetivo? En primer lugar, a la cuarentena y las restricciones sobre la libertad de movimiento en el espacio público que esta implica. Es un discurso que se replica en otros lugares del mundo y que, en nombre de las libertades individuales, acusa de violencia simbólica sobre la población a las políticas públicas que buscan el bien común. En la misma línea, el otro calificativo que es adherido a “autoritarismo” y a la amenaza, incluso, de régimen dictatorial es “populismo”, el fantasma que para el capitalismo acecha a América Latina, y al que apelan estos medios para acusar de hambre desmedi-

**(La visibilidad y continuidad de la noticia está vinculada generalmente tanto a cuestiones clasistas como geográficas. Un wichi asesinado en Chaco por un terrateniente que pretende sus tierras merece, en el mejor de los casos, apenas unas líneas marginales, mientras que el policía muerto en Palermo define titulares.**

da de poder personal, de posible restricción de las libertades y hasta de suspensión del estado de derecho.

Todos estos títulos que tan livianamente arrojan –“autoritarismo”, “dictadura”, “conspiración violenta” (contra la democracia)–, hablan de una violencia institucional encubierta (¿o explícita?) siempre asociada a los posicionamientos que consideran contrarios a sus intereses. En la mayoría de los casos, no se verifica una correlación de los hechos con esos títulos.

Pero esta vara de alarma institucional parece no activarse en otras ocasiones en las que sí se ha ejercido violencia contra los cuerpos y las protestas ciudadanas, cuando la represión policial fue concreta y dejó

personas heridas o presas, como en tantos hechos protagonizados por la Policía de la Ciudad de Buenos Aires. El blindaje mediático de los principales medios de comunicación que cubre a Horacio Rodríguez Larreta se evidenció, por ejemplo, en lo sucedido en medio de la pandemia con trabajadoras/es esenciales como los y las enfermeras (a quienes el Gobierno de la Ciudad les niega el reconocimiento de carrera profesional y mantiene como categoría “administrativa”). Fueron reprimidos a golpes y con gas lacrimógeno cuando reclamaban mejores condiciones de trabajo y mayor salario y presupuesto para el sector. La única cobertura del diario *La Nación* consistió en entrevistar al vicejefe de Gobierno de la Ciudad, quien negó cualquier responsabilidad en el hecho y agregó: “Estamos revisando las cámaras para ver en qué momento hubo alguna situación que no es la que corresponde”. El título de la nota es bien claro: “Coronavirus. Diego Santilli habló sobre las agresiones contra enfermeras por parte de policías en la puerta de la Legislatura porteña”. Ni “re-

presión” ni “violencia institucional”; todo queda como un aspecto más que cuelga de la pandemia. Infobae, *Clarín* y TN tampoco consideraron necesario hablar de autoritarismo, falta de diálogo republicano o violencia institucional. “Día de la Sanidad / Incidentes frente a la Legislatura porteña en una protesta de trabajadores de la salud” (*Clarín*). Ahí se habla de empujones y bastonazos ante los enfermeros que “intentaron entrar a la Legislatura”.

Una cobertura de características similares se realizó sobre la represión al “Verdurazo” que se hizo en Plaza Constitución en febrero de 2019. *La Nación*, *Clarín*, TN e Infobae dijeron: “La policía impidió un verdurazo en la Plaza y hubo incidentes”. La denominación de “represión” quedó para *Página/12* y el cooperativo *Tiempo Argentino*, entre los diarios con mayor visibilidad, aunque esta perspectiva casi no se vio en televisión. Pese a ello, el hecho comunicacional tal vez más interesante que sí saltó el cerco informativo de los medios hegemónicos fue la foto de la señora tratando de levantar una berenjena del piso con la policía de fondo.

Fue tan simbólica que dio cuerpo a la represión como ninguna palabra lo había logrado. Su autor, el fotógrafo Bernardino Ávila, fue detenido días después durante la cobertura de otra protesta. La imagen que mostraba a un policía señalándolo antes de la detención y la relación entre los dos hechos solo la hicieron, una vez más, los medios comunitarios, cooperativos y algún diario, como *Página/12*.

### **No es pa' todos la cobija...**

Lejos de ser una manta que cubra a todos por igual, las definiciones de violencia institucional y de autoritarismo se aplican en los medios empresariales según los intereses en juego. Y se usan para generar reacción y anticuerpos ante los gobernantes. No importa si los hechos no validan estas definiciones. Parafraseando la famosa cita de Chiche Gelblung, cuando dirigía la revista *Gente* en los años 70: "Nunca dejes que la verdad te arruine una buena operación". Y como el periodismo ya ni siquiera basa su credibilidad en respetar los manuales del siglo pasado

(¿alguien chequea aún tres fuentes?), se habla y se titula libremente. Pero detrás de esas omisiones, de esas acusaciones, de esas legitimaciones de la violencia institucional, está el interés de sostener (hasta el blindaje mediático) a gobernantes, intereses económicos y sectores políticos que los representan. Como hacía el periodista de *Gente* en la dictadura argentina, como hace hoy *Clarín* con la dictadura boliviana.

*Mariela Pugliese Lacorte*

*Comunicadora. Ex presidenta de FARCO (Foro Argentino de Radios Comunitarias).*

*Estudiante de Historia, FFyL-UBA. TW: @maripugliesebf.*

1. Focas, Brenda, "Las percepciones de la inseguridad en relación con las noticias delictivas: un análisis desde la recepción", Anuario Electrónico de Estudios en Comunicación Social, vol. 11, núm. 2, 2018.
2. Estadísticas de Letalidad Policial, CELS, 2019. <https://www.cels.org.ar/web/letalidad-policial-estadisticas/>

## DICTADURAS Y PALABRAS PRESTADAS

*Los medios de comunicación muchas veces han sido buenos lavadores de dictaduras. Todavía hoy prestan palabras que permiten legitimar los regímenes autoritarios y replican otras con las que los mismos gobiernos se autodenominan, sin cuestionarlas. También llegan a nombrar procesos democráticos y por lo general, populares, como “autoritarios” e incluso, como “dictaduras”. La palabra crea sentido y tiene efectos performativos. En ocasiones estos mecanismos revelan incluso que la lógica no es particular de un medio, sino que atraviesa a muchos de ellos por igual; el discurso que los recorre y aparece en sus titulares es, muchas veces, textualmente idéntico. Esto abre una pregunta –que amerita investigación– acerca de cómo se construyen estas noticias y si esa coincidencia es producto de la casualidad, de los acuerdos, o de instancias de producción de verdad que trascienden a los medios mismos.*

*En los últimos años esto se pudo ver con claridad en las coberturas de los golpes de Estado de América Latina (Honduras, Brasil, Paraguay). Hoy podemos escu-*

*charlo en la manera en que se ha hecho la cobertura del golpe de Estado en Bolivia.*

*“América Latina no ha superado la amenaza autoritaria, dice la presidenta de Bolivia”; así la misma Organización de las Naciones Unidas y los principales diarios empresariales de la región replicaron el discurso de la dictadora Jeanine Añez ante la ONU. Absurdo y descolocado relato ante la realidad de un gobierno que se autoproclamó por medio de la violencia, que cuestionó las elecciones populares, que amenazó al Presidente todavía al mando al punto de forzar su renuncia y salida del país, que reprimió manifestantes y eximió a las Fuerzas Armadas de cualquier responsabilidad penal por la represión ejercida. Sin embargo, es un discurso que obtiene el efecto buscado. Los medios empresariales nacionales e internacionales que lo reprodujeron la reconocieron como “presidenta interina” sin cuestionar en ningún momento la legitimidad de su gobierno.*

*Es que Añez no habló de Bolivia, habló de América Latina. Y, por si quedaba alguna duda, acusó al gobierno “kirchnerista” de intromisión y de “acoso sistemático y abusivo” sobre su país. Remarcó con claridad que es un gobierno “populista”, de “castas que no dudan en utilizar métodos francamente abusivos para sostener sus pla-*

nes, el poder y sus posiciones contrarias a la libertad". Estas afirmaciones no fueron cuestionadas (contextualizadas, al menos) por los medios que las repitieron. Pero además, sirvieron para hacer eco en muchos de los titulares acerca del supuesto autoritarismo del gobierno de Alberto Fernández.

Este terreno se viene abonando desde hace tiempo. "¿Dictador o autoritario?" fue el título de una nota de opinión que publicó el diario La Nación en octubre de 2019 (días después de que haber acusado de fraude electoral al MAS). Un juego de falsas opciones que no es una mirada local. Es la columna de lo que publica el periodista de la CNN, Andrés Oppenheimer, en 60 diarios del mundo (incluidos, por supuesto, los principales de América Latina). Ahí se nos presenta una semblanza más del "Evo Malo", el Evo que podía llegar a una "nueva dictadura represiva" si la comunidad internacional no lo declaraba "presidente ilegítimo". Tan parecido al adjetivo con que siempre se define a Maduro: dictador. Tan distinto a cómo se califica a Añez: "presidenta interina", invirtiendo la realidad y confrontando a un gobierno de facto que se autodenomina democrático contra un gobierno elegido por el pueblo al que se lo llama dictatorial y autoritario.

Este juego de máscaras no es nuevo. Se puede ver en la conferencia de prensa que dio Jorge Rafael Videla en 1979, cuando el periodista de Gente, Alberto Amato (años después prosecretario de redacción de Clarín), caracteriza al peronismo como lo opuesto a "una auténtica democracia" y culpable de la "debilidad manifiesta que dio origen a los gobiernos militares" y habilita a Videla a hacer una apología de la dictadura como si fuese la verdadera libertad. Tan parecido a quienes responsabilizan del golpe de Estado al propio Evo Morales y alegan que los errores cometidos "por su ambición y por sentirse imprescindible", llevaron a "ese desenlace".

En el discurso de Añez, reproducido por los medios hegemónicos sin interpretación contraria, la palabra no tiene correlación con los hechos. Sin embargo, permite sostener la ficción (diplomática, mediática) de que un golpe de Estado es la antesala de la democracia y sinónimo de libertad. No importa si esto no se condice con la vivencia real de los pueblos en los territorios. Genera el imaginario social suficiente como para sostenerlos en el poder.